



# EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9850

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR 21

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 12 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

SÁBADO 1 DE SEPTIEMBRE DE 1894.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loreste, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Fairbairn, Montmartre, 31.

## HUERTA Y JARDINES

### Gran artículo en hortaliza agrícola

Arbores, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, lebrillos, machos, sacadores de plantas, horquillas, crocks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Objetos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardinerías, caprichos de suntuosos, sillas, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL. PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42.

## UNA HORA.

I.

Era un hermoso día de primavera y comenzaba á caer la tarde: el sol oculto tras espesos y recortados nubarrones, iluminaba á intervalos con su amortiguado resplandor, el modesto gabinete donde trabajaba Beatriz; las sombras de tan prematuro crepúsculo que con agigantado paso invadían aquel pequeño recinto, le hacían cada vez más difícil continuar su tarea,—que había de interesarle—á juzgar por las muestras de impaciencia que se notaban en su semblante á medida que la luz iba faltando. Poco tiempo después fue imposible continuar, pues la blanquecina luz que, como vergonzosa de su poca potencia, penetraba por los cristales del balcón, era insuficiente para reanudar sus buenos deseos; estaba casi á oscuras, los pocos muebles que decoraban aquella habitación se confundían en las sombras, si bien destacábase con fuerza sobre el suelo y como manchas claras, los recortes de tela sobrantes de la labor. Fue necesario encender la luz para continuar.

La lámpara de imitado bronce encendida por Beatriz, al arrojar los primeros destellos de luz dejó ver que, sobre una consola de caoba y en lugar preferente, estaba colocado bajo trasparente fanal, un pequeño reloj de plata sin duda descompuesto por el uso, pues su blanca esfera, que se destacaba con fuerza sobre el oscuro pie del fanal, estaba dividida por sus inmóviles agujas perpendicularmente. Aquel reloj marcaba las seis, y fue contemplado por Beatriz durante largo rato, sin duda porque despertaba en ella dolorosos recuerdos.

Era Beatriz una mujer como de diez y ocho años y de extremada belleza: su rostro de finas y delicadas líneas, estaba ajado por los círculos violáceos que se extendían alrededor de sus ojos y delataban claramente largas noches de insomnio y exceso de trabajo; su abundante cabellera rubia caía extendida por su espalda como un manto de oro; sus ojos azules, sus labios rojos como pétalos de flor naciente y su extremada palidez, completaban la hermosura de Beatriz. Momentos después de haber re-

nudado su tarea, fue interrumpida por una de sus mejores amigas

II.

Muchas veces, querida Matilde, la curiosidad, esa compañera inseparable en nuestro sexo te indujo quizá á preguntarme la causa de mi singular capricho. Me refiero con esto, á ese *relojito* que cual preciosa joya, y ocupando lugar tan preferido, sirve de adorno á mi modesta casa. Ya que es tan grande tu empeño por descifrar el enigma que tanta importancia tiene para mí y que tú lo consideras como una rareza, voy á complacerte á fin de calmar tu deseo y para que á la vez te sirva de ejemplo.

La prematura muerte de mis queridos padres, dejome sumida en la más espantosa miseria y en tan precaria situación tuve que trabajar para comer. Comprendí á tiempo, y á pesar de mis pocos años, que de no hacerlo con constancia me vería rodeada de privaciones y tendria por compañera inseparable la pobreza, pues agotados mis cortos recursos, la necesidad había de colocarme en esa fatal pendiente en que los más fuertes son arrastrados al vicio, dando como resultado el que perdiese los nobles y generosos sentimientos que recibí de mis padres para llegar á estos insondables abismos: el CRIMEN ó el SUICIDIO. Con mi honradez y constancia, conseguí trabajo en una camisería, donde, si bien no era retribuida con largueza, me daban lo suficiente para que con modestia cubriese mis atenciones.

Todas las noches, á excepción de los días festivos, salía de mi casa para el taller, en donde entregaba el trabajo recibido la noche anterior y obtenía el que había de ocuparme el día siguiente.

Mi modesta posición, y el recuerdo de la reciente muerte de mis padres, quitábame el gusto para todo y hacían que sólo anhelasen regresar á mi casita para entregarme nuevamente á mis tareas.

Una de las noches hubo de fijarme —contra mi costumbre—en el lujoso escaparate de una de las principales relojerías de esta ciudad y pude contemplar un *relojito* de reluciente plata que revelaba su buena calidad y el que estaba colocado artísticamente en aquella jaula de cristal. Esta operación se repitió algunas noches consecutivas y en una de ellas, al estar contemplando el objeto de mi deseo, observé que no lejos de mí, un hombre de tez morena, penetrante mirada, elevada estatura y agradables facciones, me miraba con insistencia. Esto hizo que con acelerado paso continuase mi interrumpida marcha, si bien algo contrariada por tener que abandonar mi punto de observación y porque aquel hombre había causado en mí una impresión extraña y que yo entonces no supe calificar.

Pocas noches después, mi perseguidor callejero me acompañaba en mis escursiones nocturnas, después que me había declarado su amor inextinguible.

Ese *relojito* que ves parado sobre esta mesa, lo acepté de mi amante sin gran oposición, tanto por el gran deseo que tenía por poseerlo, como por venir de manos de mi amante, condiciones ambas que llenaron mi orgullo de mujer.... pero ese capricho, mi querida Matilde, lo obtuve á costa de mi honra, pues mi amante, cual asqueroso reptil que se arrastra para morder á su presa; excitando mi fantasía con alhagadoras promesas y ardientes juramentos de amor, consiguió tras ruda lucha, precipitarme en el abismo de mi deshonra.

Mi desesperación al comprender y hacerme cargo de la desgracia que sobre mí pesaba, bizome pensar en el suicidio, pero comprendiendo que no era este el castigo que merecía mi falta, retrocedí á tiempo ante tan detestable camino.

Ese capricho ó rareza, como tú le llamas, pone de manifiesto la hora en que cometí mi pecado y me le recuerda constantemente. Es el testimonio de mi conciencia y el aguijón que la espolea para que imperando sobre mi voluntad me haga cumplir la penitencia que merezco: la de acabar con mi existencia á fuerza de arrepentimiento y de lavar mi falta con las lágrimas que mis ojos se niegan ya á derramar.

No olvides esta historia, mi querida amiga, y evita con su ejemplo el que un capricho sea la causa de tu suplicio y tu deshonra.

III

Pocos meses después, Beatriz no tuvo fuerzas suficientes para resignarse con la desgracia, hija de su falta, y ahogó su dolor con otro crimen.

Por una extraña coincidencia, sus ojos fueron velados por las sombras de la muerte, y el color carmin de sus labios desapareció para siempre á la misma hora en que el *relojito*, que fué la causa de su deshonra, habíase parado.

Cuando Matilde tuvo conocimiento de la hora en que su amiga llevó á cabo su repugnante y fatal resolución, quedó atónita y recordó en todos sus detalles la historia que meses antes le había revelado Beatriz.

En aquel momento el reloj de la ciudad, con sus monótonos y acompasados golpes, dejó oír seis campanadas que cadenciosas perdieron su sonido en el espacio, y las que sacaron á Matilde de su estado de abstracción, para exclamar: ¡MALDITA HORA!

JUAN MALO.

## Conducta criminal.

De *El Diluvio* de Barcelona, tomamos el siguiente relato de un delito repugnante é inicuo.

Pocas noches hace que, recorriendo su demarcación dos individuos de la guardia municipal del vecino pueblo de San Martín de Provensals, al cruzar por los alrededores de la línea de ferrocarril de Francia, oyeron palabras entrecortadas, quejas proferidas á media voz, lamentos apagados.

Inmediatamente dirigiéronse al lugar de donde partían, creyendo encontrar

un herido, pues el sitio, á causa de lo solitario y oscuro, préstase á todo género de truhanescas aventuras. Pero, no sin gran sorpresa, vieron los municipales que se trataba de una mujer, la cual se hallaba tendida junto á unas malezas. Y su sorpresa subió de punto cuando observaron que se encontraba completamente desnuda.

Interrogáronla; pero ella, sin darse por aludida, continuó pronunciando palabras incoherentes, frases sin sentido ni hilación, y lanzando de vez en cuando ayes lastimeros, como si le atormentaran agudos dolores. Redoblaron los guardias sus preguntas, no obteniendo tampoco ninguna respuesta.

Entonces acercáronse á aquella infeliz y examináronla con objeto de cerciorarse de si presentaba alguna herida, notando, de trecho en trecho, la presencia de extensas franjas amoratadas.

Como la infortunada mujer continuaba entregada á una especie de desvarío, sosteniendo consigo misma un extravagante coloquio, convenciéronse los municipales de que se trataba de un caso de demencia.

Mientras uno quedó al cuidado de la pobre loca, marchó el otro en busca de una camilla.

Pocos momentos después estaba el segundo de regreso.

La desgraciada mujer negóse á ser colocada en la camilla, prorrumpiendo en fuertes voces de «no quiero; dejadme morir.»

Casi á viva fuerza obligósele á obedecer, siendo trasladada á la alcaldía de San Martín.

Durante el trayecto no cesó un momento su incongruente conversación, no dejando tampoco de exhalar á intervalos ayes desgarradores.

Una vez en la alcaldía, facilitáronse á la infeliz demente algunas prendas de ropa, prestándosele los auxilios oportunos.

Encontrábase bastante debilitada; según todos los indicios, nada había comido desde hacía muchas horas. En distintas partes del cuerpo reconocíéronse extensas contusiones. Una de ellas cruzábase el rostro, que es sumamente agraciado. La enagenada de referencia contará, á lo sumo, unos veinte años.

Después de curada calmóse bastante, quedando, al parecer, en estado de lucidez.

Sus acompañantes dirigiéronse entonces varias preguntas, á las que ella contestó con bastante discreción.

Con sus respuestas y las averiguaciones que, según se nos dice, practicó posteriormente la guardia municipal de San Martín, puede reconstituirse la siguiente tristísima historia:

La agraciada joven vivía en la Barceloneta, donde, según parece, cuenta algunos individuos de familia. Sostenía desde hace poco tiempo íntimas relaciones amorosas con un sugeto de mucha más edad que ella, el cual la infería malos tratamientos.

Recentemente quedó en cinta la infortunada joven. Su amante púsole en manos de un barbero, quien propinóla varios brebajes encaminados á hacer desaparecer las consecuencias de sus amorosas relaciones.

Desde entonces hallase poblado de sombras, sumido en negra noche el cerebro de aquella desventurada mujer. En ocasiones tiene momentos, al parecer lúcidos, durante los cuales parece darse completa cuenta de lo angustioso de su situación. Tal sucedió la noche á que hacemos referencia.

Créese en casos tales atacada de los males más variados, extraños é incurables; con todo transige excepto con que se la crea demente. Refiere sus relaciones con un individuo, cuya edad, con-

parada con la de ella, era bastante desproporcionada; se extiende en pormenores, negándose, sin embargo, á revelar quién sea su familia, el nombre de su amante, ni el lugar en que habitaba antes de perder el uso de la razón.

Pero cuando inspira profunda lástima aquella infeliz, es cuando relata la causa á que atribuye su actual aflictiva situación.

El recuerdo del barbero que, según afirma, propinóle los brebajes por orden de su amante, acude á su mente como una horrible pesadilla. Entonces el pánico desenfrena su rostro, llora, grita, trata de huir, y después de entregarse á todo género de manifestaciones de dolor y de espanto, cae en un gran abatimiento, retornando á su inconsciencia y á su desvarío.

La demente ha ingresado en el manicomio de San Baudilio de Llobregat. Sus declaraciones, así como el resultado de las pesquisas practicadas por la guardia municipal de San Martín, han sido puestos en conocimiento del Juzgado de dicho pueblo.

Si á las manifestaciones de la joven se agrega el hecho de presentar en varias regiones del cuerpo huellas de golpes, al parecer recién recibidos, comprenderá la gravedad de lo anteriormente relatado, que, á fin por los indicios y las apariencias, reviste todos los caracteres de un delito repugnante é inicuo.

¿Llegará á disiparse el misterio de que aparece rodeada la joven demente que, con las carnes magulladas como por brutal apaleamiento, acaba de ingresar en el manicomio de San Baudilio de Llobregat?



A continuación presentamos á nuestras simpáticas lectoras una *toilette* tan sencilla como elegante propia para escursiones por campo y playa.



## TRAJE PARA EXCURSION.

Es de lanilla azul porcelana con motitas negras. La falda, de forma campana, aparece fruncida en la cintura, que se oculta bajo el cuerpo.

La parte inferior de la falda aparece adornada con dos estrechos galones de seda negra separados uno de otro por una distancia de ocho centímetros.

El cuerpo, de la misma tela de la falda, es entallado y abierto en el delantero sobre una camiseta de *surah* azul porcelana. Luce en calidad de adorno